



Seix Barral Biblioteca Breve

Manuel Vicuña

A la sombra

Retratos de escritores condenados
a prisión

© 2025, Manuel Vicuña
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-6424-18-5
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2025-A-5139
Primera edición: agosto de 2025

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen
Impreso en: CyC Impresores Ltda

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, de grabación o de
fotocopia, sin permiso previo del editor.

Queda expresamente prohibida la utilización
o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar
sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

A Álvaro Matus

PRÓLOGO

“La cárcel es una fábrica de relatos”, asegura Ricardo Piglia en el libro *Prisión perpetua*. “Todos cuentan una y otra vez las mismas historias. Lo que han hecho antes, pero sobre todo lo que van a hacer. Se escuchan unos a otros, compasivamente. Lo que importa es narrar”. Algo de eso he podido comprobar revisando historias carcelarias del pasado, de pasados lejanos y de otros no tanto, en países como Chile, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, Polonia y Rusia.

En las prisiones se cuentan historias, no importando tanto si son verdaderas o trucadas, si ofrecen desahogo o causan espanto. Lo fundamental es sacudirse la rutina de encima, aliviar la opresión del encierro, sentir la satisfacción que provoca acaparar la atención por un momento, reinventar el propio pasado y mantener viva la memoria, en la medida en que esta contiene rastros de la libertad perdida y ofrece puntos de fuga para imaginarse otras circunstancias.

En este libro de prisiones temporales, pero también perpetuas, me ocupo de Pancho Falcato, el bandido más legendario de la historia de Chile; de intelectuales marxistas y políticos combativos como Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, Angela Davis y George Jackson; de Fiódor Dostoievski, narrador imprescindible e integrante de una sociedad secreta con fines conspirativos; de Piotr Kropotkin,

príncipe anarquista y científico destacado; de Oscar Wilde, gran escritor y sobre todo gran transgresor de la moral victoriana; de delincuentes comunes —ni tan comunes en realidad— como Patricio Egaña Salinas y Carlos Patricio Krempell Badilla, y de Rubén Adrián Valenzuela, periodista que para reportear la podredumbre del sistema penitenciario se introdujo con una identidad falsa en la Cárcel Pública de Santiago. Se trata de gente con una asombrosa capacidad de resistencia ante la adversidad y unas convicciones, a veces, imposibles de desarraigar; gente arrojada al borde de la locura, que se salva leyendo y escribiendo con una lucidez desacostumbrada y que, por otra parte, narra historias desaforadas bajo el influjo de la esquizofrenia.

De estos personajes me atraieron ciertas escenas significativas de sus biografías y, en particular, todo cuanto escribieron tras las rejas, llevados por un impulso de sobrevivencia y una disposición a la práctica de lo que podríamos llamar las “artes marciales del espíritu”: defensa ante situaciones de peligro, preservación de la cordura, apuntalamiento de la autoestima, refuerzo de la capacidad de concentración, ejercicios de dominio de sí mismo cuando todo escapaba a su control.

En las páginas de *A la sombra* hay textos que solo vieron la luz al momento de la liberación o de la muerte de sus autores. También encontramos escritos redactados entre cuatro paredes, que escabulleron la censura mediante distintas triquiñuelas, llegando a las imprentas y desde ahí a los lectores. Otros autores, al recuperar la libertad, se vieron obligados a poner en palabras la vivencia carcelaria como un acto de fidelidad con el pasado y, asimismo, como una muestra de compromiso con quienes seguían condenados en condiciones durísimas, con las generaciones futuras de jóvenes predestinados a la delincuencia y con los disi-

dentes políticos en regímenes autoritarios (o de frentón autocráticos).

Los textos de estos presidiarios adquirieron todas las formas imaginables, juntos son un amasijo de posibilidades literarias: relatos de ficción (incluso redactados solo mentalmente y retenidos con lujo de detalles en memorias prodigiosas), correspondencia íntima y cartas convertidas en campos de tiro y laboratorios de ideas, tratados científicos, entradas enciclopédicas, diccionarios hechos a medida, poemas que cantan a lo humano y lo divino, artículos de prensa, panfletos políticos, libros que llaman a hacer volar todo por los aires en nombre de la revolución, memorias noveladas, crónicas e investigaciones históricas y hasta prosas combativas que denuncian la brutalidad de los sistemas penitenciarios, aun cuando se está convicto todavía y se arriesga la represalia de las autoridades penales y judiciales.

En cualquier caso, en adelante se pueden leer retratos de personajes en los que a menudo no me limito al examen de sus escritos presidiarios o a la narración de sus años en prisión, por muy importantes que estos hayan sido. Me interesan sus peripecias biográficas más allá de la reclusión forzada.

Figuras fuera de lo común es lo que se encuentra en las páginas que siguen, y esa singularidad tiende a hacerse más manifiesta durante el tiempo a la sombra. Por lo general, fueron representantes de épocas convulsas antes que apacibles. Hombres y mujeres que, en ocasiones, adquirieron cierta sabiduría ascética nacida del despojo, de la indefensión, de los tiempos muertos, y se vieron inmersos en la vorágine de la historia, si es que no protagonizaron los acontecimientos de su siglo.

Estos personajes enfrentaron condiciones carcelarias bastante variadas. A veces atroces, otras veces privilegiadas.

Pero lo habitual, en las historias abordadas aquí, es que los calabozos y las celdas son espacios donde el pensamiento puede ganar intensidad, encontrar nuevos cauces, hacer de la escritura una actividad que aporta vida cuando todo apunta en la dirección contraria. Está muy lejos de mis intenciones —nunca tan perdido— la voluntad de idealizar la experiencia carcelaria; me limito a reflejar lo que descubrí.

En *A la sombra* no faltan los presos que lo primero que piden al momento de ser encarcelados son libros, pluma o lápiz y papel, y casi lo que más resienten es no tenerlos a mano, pues esa falta los aparta de lo que más valoran. ¿Qué es eso? La posibilidad de dejar huella y hacer la diferencia; de desentumecer la mente y encarrilar la imaginación; de ajustar cuentas con los enemigos y consigo mismos; de mantenerse en contacto con familiares, camaradas y amistades, y en definitiva con el mundo exterior que, por momentos, se presenta en estado de plena ebullición. Igual de importante —o quizá lo más importante— era la promesa de acceder, por medio de la lectura y la escritura, a lo más sólido de sí mismos, y de ese modo descubrir la potencia que les reservaba el hecho de enfrentarse a situaciones tan extremas.